



Hiede que apesta

Válganos el Señor Dios de los Ejércitos — «Dominus Deus Sabaoth» — que de aspavientos hace «El Sol» de Madrid — y en estos días de canícula pica que es cosa de rascarse — porque el diario francés «Le Matin» ha atribuido a nuestro soberano ciertas frases que dicen son poco caritativas contra los ya vencidos emperadores de Alemania y Austria. Y la cosa no creemos que sea para tanto. En rigor ni merecía la pena de comentarlo.

Respecto a esas informaciones del diario francés parece ser que nuestro canciller de turno, o si se quiere presidente del Consejo de Administración de la Casa, el infame Dato ése, el de la neutralidad mentirosa de antaño — y de hoy — ha dicho así: «Esas declaraciones no son auténticas; yo no me preocupé porque un periódico extranjero las publicase.» Y al decir esto el canciller del ex futuro viceimperio de Iberia ha estado en su papel. En su papel de tercero. Tal procedimiento es el abecé en casos semejantes.

«El Sol» se dirige al «palatino y ceremonioso señor Quiñones de León, embajador de España en París» — que así le llama, — y poco antes, tratando de las declaraciones escandalosas y de la pluma extranjera que las ha redactado, dice: «¿Quién sabe si llevada por españoles!» Y no es que «El Sol» dé a entender, nada de eso!, que el «palatino y ceremonioso» embajador del reino español — no de España — haya andado metido en el frezado. No, «El Sol» no da a entender tal cosa.

Al diario canicular madrileño lo que le indigna es que se le cuelguen tales juicios a nuestro soberano cuando han sido vencidos los emperadores — dejando colgados, compuestos y sin avío a sus vices, — y en esto no le falta razón. Y lo peor es que a los mal pensados, que son los más de los españoles escaldados ya, eso les hará creer que si los imperios tu escos llegan a ganar la guerra y a establecer los viceimperios filiales o sucursales — el de Turquía, el de Bulgaria, el de la India, el de Iberia, etc., etc. — a estas horas cualquier periódico alemán o austriaco habría atribuido a nuestro soberano juicios molestos y adversos sobre Francia, Inglaterra, Italia o los Estados Unidos. Y con no menor fundamento, sin duda, que los que «Le Matin» le atribuye contra los vencidos emperadores.

Durante la guerra unos nos pusimos del lado de un grupo de combatientes.

otros del lado del otro; algunos se encogieron de hombros y no pocos oscilaban entre uno y otro bando, según las vicisitudes de la lucha, y diciéndose: «¡y viva quien venza!» Y esta última dice que debe ser la posición de un perspicaz político. Eso sería lo que Maquiavelo aconsejara a su Príncipe. Y eso es lo que se llama neutralidad, y tal fué la que representó Dato, el que llegó a insinuar que la paz se firmaría en España. Porque recuerden nuestros lectores que el canciller de temporada llegó a dar a entender que la paz se firmaría en España. Y con ella, ¡claro está!, la constitución del viceimperio de Iberia, comprendiendo la actual España y además Portugal, Marruecos y Gibraltar. Pero este ensueño marró y su desvanecimiento es lo que le permite al redactor de «Le Matin» forjar esas declaraciones de nuestro soberano, como si el ensueño se realiza un redactor del «Berliner Tageblatt» habría a estas horas forjado otras en contra de los aliados, no menos verosímiles, lo repetimos, que las que a «El Sol» le indignan tanto.

En lo que no nos parece que «El Sol» anda acertado es en censurar al canciller de temporada y presidente del Consejo de Administración de la Casa — la Casa es el reino de España — por permitir que se ponga en boca del rey tales cosas. ¿Y cómo iba a impedirlo el canciller? ¿Qué autoridad tiene él para ello? ¡Harto hará con evitar que le obliguen a él, al canciller, a decir esto o lo otro!

Por lo demás, de las rectificaciones o ratificaciones, de las denegaciones o confirmaciones del Dato ése y consortes en idoneidad nadie hace va caso. Hemos queda en que la mendacidad (con a), a la vez que la mendicidad (con i), son las características de nuestros conservadores dinásticos de alquiler.

Y todo ello hiede que apesta. El reino de España — como la Dinamarca de Hamlet — hiede que apesta. Y es que destila pus. Pus de caries de materialismo y de frivolidad. El reino de España, este ex futuro viceimperio de Iberia, está podrido en los huesos. Y aquí no se piensa ya sino en el negocio y en toda clase de negocio. Mientras en los sótanos pelea salvajamente por realidades de estómago más que por idealidades de corazón y de cabeza, arriba, en la azotea o en la terraza, se toma el aire y el café con copa mientras se juega... a lo que sea. El reino de España hiede que apesta.

La política tiene que convertirse aquí en policía. Para en policía de limpieza. Hace falta un carro que se lleve a un estercolera todo ese apestor.

Miguel de UNAMUNO.

